

Capítulo 1

Punta do Trece, Costa da Morte, 13 de Mayo 2003, 12.45 horas.

Isma estaba empapado de sudor enfundado en las botas de goma, el mono blanco y la mascarilla: una armadura incómoda, asfixiante, pegada a la piel. Se dobló para recoger una bola de chapapote que acababa de traer el mar. Llevaba ya tres días en esa playa. Todos los acantilados desde Corrubedo hasta Carbaio estaban cubiertos de fuel. Miles de metros cuadrados de rocas embadurnadas de alquitrán. Ahora, con el calor, el chapapote empezaba a deshacerse. Plastilina que olía a gasolinera. Las mareas lo arrastraban. Las olas lo depositaban en la playa.

Trabajo de mierda, pensó. Él no hacía más que recoger y el mar no dejaba de escupir petróleo.

Había llegado hacía dos semanas, en un autobús de voluntarios procedente de Vallecas. Después del primer fin de semana, sus compañeros habían regresado a casa. Él había decidido quedarse más tiempo para recoger información que usaría en un programa de radio del barrio. Antes de llegar, sabía muy poco de Galicia. Noticias indirectas, artículos de periódico, algunas charlas en la casa okupada. Algo había oído sobre subvenciones a los marineros, nombres de empresas subcontratadas para limpiar las playas, chantajes, sobornos. Fragmentos fuera de contexto. Una vez allí, los días se habían hecho cada vez más largos. Por la mañana, playas y alquitrán. Por la tarde, grabadora y entrevistas. Cada pregunta sugería otra. El contexto iba tomando forma.

Al principio nadie le contestaba. Poco a poco había aprendido a preguntar. Con la gente mayor, humilde: preguntas abiertas. Dejarlos hablar. No interrumpirlos nunca. Ir ganando su confianza. Siempre parecía que no iban a decir nada, una respuesta genérica, un largo silencio. Y luego, de repente, iban directos al grano. Así se había enterado de las envidias feroces que dividían a los habitantes de los pueblos, entre quienes cobraban hasta 500.000 pesetas al mes de subvenciones y quienes no cobraban nada.

Con los funcionarios de la Xunta y los políticos pasaba lo contrario. Soltaban discursos prefabricados, declaraciones al puro estilo telediario. Mucha retórica y poca sustancia. Con estos tenía que atacar. Darles muy poco tiempo. Hacerles preguntas directas, inesperadas.

Oyó el ruido de un tractor a lo lejos, desde los acantilados. Una retroexcavadora de TRAGSA, la empresa encargada de la limpieza de las playas, estaba arrojando al mar piedras cubiertas de chapapote. Imposibles de limpiar antes del 31 de mayo, fecha en la que los trabajos de recuperación de las playas tenían que acabar oficialmente. La mierda difícil de quitar se echaba directamente al mar. Era un secreto a voces. Lo mismo que lo de las plataformas de alquitrán en la playa, debajo de la arena depositadas por las borrascas del invierno.

Se cagó en el ministro al que había oído en la tele afirmar que las playas estaban limpias, que el problema del Prestige estaba superado. Maldijo a los periodistas. ¿Pero qué coño hago aquí?, se preguntó. Estaba harto. Era todo una farsa. Y él formaba parte de la misma. Cómplice de un colosal timo.

Se quitó la mascarilla y se sentó en la arena. Habría terminado con ese trabajo de Sísifo. Mejor dedicarse a su investigación. Enchufar la grabadora. Afinar la preguntas. Comprender lo que estaba pasando. Sacarlo de allí. El primer paso que

tenía que dar era ordenar las informaciones que ya había recopilado. Desde que el barco se había hundido parecía que todos estaban ganando algo. Los marineros cobraban un doble sueldo, la subvención del paro obligatorio después del cierre de la pesca, más el trabajo compatible de limpieza en las playas. Mucho dinero. Más de lo que habrían podido sacar faenando. El chiringuito de la playa también había hecho negocio en invierno entre los militares, los voluntarios y los empleados de TRAGSA. Los bares del pueblo, igual. Los dos hostales llenos. La pescadería había cerrado los primeros meses, con su correspondiente subvención. Ahora el pescado llegaba de las Rías Baixas y del extranjero. Se vendía más porque no había competencia. Los vendedores ambulantes ilegales y los furtivos habían desaparecido.

¿Qué coño pasa con los furtivos?, se preguntó. Había descubierto que los furtivos eran una figura clásica en la costa gallega. Se dedicaban a pescar y a recoger mariscos sin permisos y en zonas prohibidas. Un trabajo muy rentable. Todo el mundo lo sabía, nadie los veía. El tema había salido en algunas conversaciones antes, pero él había preguntado sin demasiada decisión. Si seguían pescando o no. Cómo vivían. Dónde acababa el pescado. Yoquesés y silencios como respuestas. El encargado del asilo de ancianos, tomando una cerveza, le había insinuado con una media sonrisa: qué-me-estás-preguntando-tonto.

Se levantó y se fue al chiringuito. Ya sabía por dónde seguir con las entrevistas: tenía que averiguar qué estaban haciendo los furtivos. Los sin rostro de la Costa.

Texto: Wu Ming + el tronco de Senegal

Capítulo 2

Se tumbó en el camastro con pesadez, la luz entraba por la ventana y le daba a la habitación un aire misterioso, se podían escuchar las olas rompiendo contra la playa, olas de un mar herido de muerte. Tenía que pensar en otra dirección, los dos últimos días habían sido algo más que inútiles, no conseguía ordenar las ideas de lo sucedido aquellos meses en su cabeza, y la clave era que lo estaba pensando mal. Sí, se podía pensar mal. Había estado pensando como un detective, buscando pistas, puro pensamiento periodístico: demasiado metido en el papel, demasiado interesado en "descubrir" algo. Había perdido perspectiva, era como Oliver Stone buscando pistas en la zona cero con la esperanza de hacer la segunda parte de JFK. La cuestión era más compleja, no era como coger dos fotos al azar de todo el montón y darles continuidad: foto de voluntarios, empresas contaminantes con filiales ecológicas que limpiaban el chapapote, políticos del pleistoceno controlando los medios de comunicación... era otra cosa.

Dio la vuelta a la cinta mientras jugueteaba con el cuaderno y el lápiz. Tenía que haber traído una cámara... Le hubiera gustado fotografiar las manos de Breixo, esas manos enormes y llenas de vida, como esculpidas con sal, querría haberlas fotografiado para llevarse de ese lugar algo más que petróleo. Le dio al play...

"... Es como si andara jodido, como si gimiera, ¿no lo escuchas?, cuando rompen las olas, es como si se cagara en todos los dioses. En el barco lo notas perfectamente, es como un animal. Estar en el mar es muy duro, mucho. Hoy... sí, claro, han llegado las subvenciones, pero eso no cambia nada. ¿Qué cambia eso? Habrá quien se convenza... yo no lo creo, en este país estamos siempre solucionando el problema de mañana, pero nunca el de dentro de un año, ¿me entiendes? Cuando

los chavales tengan que emigrar, cuando el dinero desaparezca, entonces sí que sabremos lo que ha dejado el barco...".

Breixo hablaba mirando al mar. Había salido a limpiar el chapapote con sus propias manos, junto con otros compañeros de las cofradías de pescadores, los primeros días, cuando no había ninguna medida de seguridad... "esa es otra, seguro que nos hemos cogido algo por respirar esa mierda tantos días".

Cuando aún no había ido el ejército, cuando el gobierno miraba hacia otro lado, y la oposición jugueteaba con el conflicto, desmadejándolo lentamente. Los primeros días del Nunca Más, había salido con su barca a recoger el chapapote con sus manos, con los remos, con cubos. Con lo que fuera. Días y días sin parar, viendo como esa sangre negra atravesaba las redes y se posaba en las playas.

Breixo amaba el mar, lo amaba de una forma que Isma no podía comprender. Para él el mar era vida, trabajo, comercios cerrados, emigración, industria. Isma sintió por primera vez esa extraña sensación de distancia y lejanía. Él era un voluntario, uno de los miles que habían sentido la necesidad de ir a limpiar las playas sin mediación de nadie, de los miles que habían decidido no esperar, no dejar que el problema lo solucionara quien no quería solucionarlo, cierto. Honroso. Pero allí había más cosas, más cosas que no eran ni las playas ni el fondo marino, había vida. Vida herida de muerte, como el lecho marino.

Era una forma de ir clarificando las notas... intentar dibujar con alguna precisión un mapa del territorio, eso estaba haciendo, y eso era relevante. Las complejas tramas secretas no salían a la luz, al menos no así. Reconfortarse en la simplificación del "detective" no le llevaría a ninguna parte. Para saber que había pasado en todos esos meses había que ser sociólogo, historiador, sindicalista, pescador, ama de casa, estudiante... o había que escuchar el rumor de la cacofonía que producían sus relatos. Como Breixo hablando y mirando al mar.

Por fin pudo dormirse. La luz seguía entrando por la ventana.

Texto: Kaejane

Capítulo 3

Cuando despertó, se sentía más optimista. Tal vez era porque había vislumbrado una posibilidad, una punta para empezar a armar el rompecabezas.

Ordenarse, dar pasos concretos, hablar con la gente otra vez. Iba a empezar por volver al chiringuito y tratar de entablar conversaciones que lo llevaran a los furtivos.

Descartó la idea de encarar a los políticos. Como se sabe, quien tiene el dinero, tiene el poder. Y el sólo era un voluntario con un pequeño programa de radio. ¿A quién iba a asustar con eso? Mejor investigar de incógnito, como quien no quiere la cosa y, cuando tuviera todo armado, ahí sí. pensaría qué hacer. Tomó una ducha, se vistió y se dirigió hasta el puesto.

Allí estaba Breixo en compañía de otro hombre. La charla giraba en torno a una noticia que aparecía en un diario, sobre la invención, por parte de un pontevedrés

afincado en Navia de una máquina para limpiar vertidos de petróleo en el mar.

El hombre se había impresionado al ver las imágenes en la televisión sobre el desastre que causaba el hundimiento del carguero, y cuando pensó que los gobiernos gastan millones en crear armas de todo tipo, pero nada para salvaguardar el planeta, puso manos a la obra.

Y ahí, según decía el diario, estaba la máquina, llamada por su dueño la "chapapotera".

-Lástima que todo llega cuando los desastres ocurren. Nunca hay previsión de nada -dijo Breixo, con aire cansado.

-Creo que hay normas, que de cumplirse, evitarían todos estos desastres. Pero parece que de tantas normas ninguna es la responsable ahora, a ninguna le cabía controlar el ingreso del barco a esta zona, ninguno se percató de que el barco estaba viejo, había sido detenido en otro puerto (no me acuerdo cuál).

Lo único que hacen ahora es tratar de demostrar que nadie era responsable. Yo me pregunto: ¿para qué mierda están entonces?... -comentó ofuscado el hombre que lo acompañaba.

-Las normas... -Isma vio la oportunidad de entrar en tema- ¿pasará como con las de pesca? Dicen que la pesca ilegal es moneda corriente acá.

-¿Otra vez tratando de tirar la lengua, morocho?- se rió Breixo -Mira que resultaste insistente, eh?

-Breixo, es cierto. Sé que me torno molesto con eso, pero me parece que no hablarlo no es forma de que las cosas desaparezcan.

-¿Y tú crees que puedes arreglar algo? La corrupción en los sistemas de control está enquistada desde antes de que tú nacieras, y no se hace nada porque a las denuncias no se les da importancia. Los medios de comunicación no publican nada. Fijate sino, con este desastre, el gobierno se cansó de decir que no pasaba nada, que el mar lavaría todo, que en el invierno todo se congelaría, rechazó todo tipo de ayuda diciendo que no lo necesitaba, hasta que la prensa internacional no dejó dudas de que todo se había ido al carajo... -Breixo se veía molesto. Siguió un silencio incómodo, como si cada uno tratara de digerir la realidad y tomara conciencia de que si se quedaban cruzados de brazos, también ellos eran cómplices.

- De nada sirven las charlas de café, -dijo Isma con tristeza. Nadie oye acá nuestras quejas... somos unas ovejas.

- El hombre no nació oveja y no me resigno a serlo. No pretendo ser un Quijote, pero aquí traigo una propuesta para dar vuelta esta tragedia, verla como un desafío. Si me dan tres minutos, sólo tres minutos, la expongo. Estoy preparado para toda crítica, no me molestan, pero les ruego quieran ustedes tomarse otros tres minutos de meditación desprejuiciada, antes de expresar su opinión.

- No sé de dónde salió este desconocido, pensó Breixo, pero, por mi parte le concederé esos seis minutos. ¡Hable amigo!

Texto: Mónica Tello
(BUENOS AIRES, ARGENTINA)

Capítulo 4

Pidieron un café más, optaron por sentarse a una mesa ya que hasta ese momento se hallaban parados y atentamente se dispusieron a escuchar lo que el morochito quería plantearles.

- Veamos –comenzó el joven– Todos estamos de acuerdo en que este desastre desbordó a los gobernantes de turno, ¿verdad?

- Mmm... sí –respondieron los dos hombres.

- Bien, también sabemos que las consecuencias de esta calamidad se seguirán viendo por años, dado que este tipo de daños ecológicos suelen manifestarse a mediano y largo, cuando no muy largo plazo.

- Sí... -fue la respuesta casi inaudible.

- Entonces, mi propuesta radica en no dejar pasar la oportunidad, en hacer conocer y hacernos cargo de los efectos ahora. ¿Cómo? Vayamos a la clínica donde los especialistas constatan la existencia de un creciente número de casos de enfermedades respiratorias, alergias, mareos y pérdida de memoria, daños en el sistema inmunológico y hasta problemas neurológicos en los operarios de limpieza. Busquemos a los pacientes y averigüemos qué tipo de equipos de protección usaron para trabajar en esas tareas... Pidámosle a los médicos que declaren su opinión sobre la incidencia del crudo en estas enfermedades. Pidamos apoyo a las ONG para conseguir datos objetivos y credibilidad en los informes que consigamos...

Breixo y Velasco (así es el apellido del hombre sentado junto a ellos) lo miraban con una mezcla de incredulidad y admiración. Sin embargo, como le había prometido, Breixo se tomó su tiempo para responderle.

Isma esperaba ansioso la respuesta.

- Mira, jovencito -comenzó el viejo luego de carraspear un par de veces– en principio debo decirte que esperaba una disertación sobre los furtivos que fue, hasta ahora, lo que más te interesaba. Pero me sales con esto del daño ecológico y sobre la salud de los voluntarios y me dejas medio perdido.

- Tiene razón, le pido disculpas, pero tengo mis razones para cambiar el rumbo. A poco de las elecciones, me parece importante que la gente se entere de las responsabilidades de quienes tienen interés en seguir sentados o sentarse por primera vez en los sitios del poder. Les pido un favor, llévenme a la sala de emergencia donde se atiende a la gente que está afectada de tos, la que estuvo usando mangueras pulverizadoras en la limpieza y mezcló el petróleo con vapor de agua y productos químicos, quiero hablar con alguien.

Los hombres notaron tanta decisión en las palabras de Isma que optaron por acompañarlo. Pagaron la cuenta y emprendieron el camino. En el trayecto, silenciosos, los viejos pensaban que de nada servía, pero también les recordaba a los jóvenes que ellos fueron, cuando creían que podían cambiar el mundo, luchar contra los molinos de viento, y sonreían.

Cuando llegaron a la clínica, le mostraron las dependencias y dejaron que el periodista hiciera su trabajo. Velasco y Breixo salieron a sentarse en un banco cercano.

Isma le preguntó a una mujer joven y muy linda que se hallaba en la recepción si podía indicarle cuáles eran los médicos que se hallaban de guardia en ese momento y si había posibilidad de ser recibido por alguno de ellos.

Sin querer escuchó a un operario de la empresa TRAGSA completando papelería relacionada con el seguro de salud. Sin pensarlo dos veces, encaró al desconocido, se presentó y le preguntó cuál era el motivo de su visita a esa clínica.

- Pues... -dijo sorprendido el hombre- un problema de salud. ¿Por qué otro motivo podría estar acá?

- Sí, claro -sonrió Isma- disculpe. Sé que le parezco un entrometido, pero como le dije, soy periodista y estoy buscando datos sobre los efectos del chapapote en las personas que trabajaron como voluntarios o contratados en la limpieza de las playas...No pude evitar oír que es empleado de TRAGSA. ¿Quisiera decirme si su visita al médico tiene que ver con eso?

- Mire sr... ¿Isma me dijo? Es cierto que trabajo allí, y tal vez, digo tal vez, mi visita al doctor tenga que ver con mi trabajo. En principio estoy aquí por una tos persistente y un estado gripal que no cede desde hace semanas. Si es producto de aspirar el crudo, pregúnteselo al médico.

- Entiendo y le agradezco su tiempo. ¿Podría decirme su nombre? -Isma notó cierta confianza en aquel hombre que tendría unos pocos años más que él.

- Me llamo Gabino Alonso.

- Señor Alonso, admiro la serenidad con que usted me expresó su situación. No deseo aportar una molestia más para usted, pero le ruego me permita decirle que la expresión de su rostro me hace sentir que hay en usted un nivel de angustia que excede al contenido en sus palabras.

- Su sensibilidad humana supera la habitual en su profesión. Todo lo que le he dicho es cierto; pero no es toda la verdad. Hay algo más ... -dijo Gabino con emoción.

Texto: Mónica Tello
(BUENOS AIRES, ARGENTINA)

Capítulo 5

-¿Algo más? -preguntó Isma sin poder ocultar un brillo especial en sus ojos.

-Sí, pero... mejor ¡Olvídese! -respondió Gabino esquivo y como queriendo retractarse del error cometido al abrir demás la boca.

-No, no Gabino... no me deje así. Usted iba a decirme algo.

-Le aseguro que no... ¡Coz! ¡Coz! - la tos lo interrumpió al tiempo que un escándalo atrajo la atención de ambos.

-¡Antonino! -grito Gabino entre el ahogo y la tos a la vez que apresurado se dirigía hacia su amigo. Isma lo siguió.

-¿Qué te pasa hombre? ¿Porqué estás así?

-¿Y cómo voy a estar? Ya estoy harto de este jodido trabajo.

-Por favor, cálmate Antonino, vamos a tomar algo y charlamos con tranquilidad.

-¿Tranquilidad? ¡Al coño con la tranquilidad! ¿A quién carajo le importa? Al fin y al

cabo esta mierda está acabando con todos nosotros y lo que es peor, con nuestras familias también y nadie hace nada... Si hasta el gobierno prometió ayudarnos, el rey vino pero... ¿y ahora?. ¿De qué me estás hablando Gabino? ¿A quién defiendes tú? ¿A la empresa? ¡Hombre! Abre los ojos que estás tan jodido como yo.

Gabino empalideció, trató nuevamente de calmarlo pero el hombre se ofuscaba aún más.

-Basta Gabino, no me jodas más. ¿Qué carajo dirías vos si fueras a tener un hijo y te enteraras que tu hijo... ¡es un monstruo!?

-¡¿Qué decís?!?

Isma, que desde el primer momento había encendido la grabadora que llevaba en su bolsillo sintió que estaba en el lugar y momento indicados. Antonino comenzó a llorar desconsolado y el morocho aprovechó la oportunidad para apartarse los tres a un lugar desocupado.

-Por favor, ¿pueden decirme qué está pasando aquí?

-No sé -respondió nervioso Gabino- déjeme hablar con él y después yo me contacto con usted. No es conveniente que nos vean juntos, váyase Isma.

-Este es mi teléfono móvil -dijo Isma a la vez que, con disimulo, sacaba de su bolsillo una tarjeta- llámeme Gabino, se lo suplico.

-Sí, lo haré. No tenga duda, ahora sí que lo haré. Pero ¡Desaparezca!

Gabino y Antonino hablaron largo tiempo. Éste último estaba desesperado, su esposa presentaba un embarazo de cuatro meses pero el feto mostraba malformaciones muy graves. No era descabellado, para los médicos, pensar que el continuo trabajo del padre de la criatura con el chapapote fue la causa de tales malformaciones.

Gabino, que con su amigo, venían limpiando chapapote y evacuando playas desde la época del Casón, le prometió que iba a hacer algo, él también estaba cansado de estar en medio de tanto negociado. No podía solucionar lo del niño, pero podía dar el primer paso para evitar que esto ocurriera otra vez.

Isma se reunió con Breixo y Velasco y se retiraron del lugar. Quedó tan impresionado como esperanzado de conseguir algo que valga la pena.

¿Un hijo monstruo?, esa frase lo atormentaba. Él había escuchado algo pero no podía recordar qué. Caminaba sin rumbo, miraba sin ver, sumido en su pensamiento.

De repente recordó: ¡Argentina! Se dirigió a su hotel, encendió su computadora personal e investigó los datos que tenía. Efectivamente, allí estaba la noticia.

"Cutral Co, Argentina: Una joven de 17 años embarazada de un feto sin cabeza. Su esposo, de 28 años, hijo de un cacique mapuche, es uno de los miembros de la comunidad que presenta la mayor contaminación de compuestos derivados del petróleo en su organismo. El muchacho tiene, además, un hijo de 5 años que padece constantes problemas de salud.

La reserva mapuche está ubicada junto a yacimientos de gas y petróleo donde se vienen dando nacimientos de animales con espantosas malformaciones, como cabritos anacéfalos y con las orejas pegadas al cuerpo y cerdos sin cabezas y sin patas."

Isma sintió que se le helaba la sangre. Sintió miedo y se sobresaltó cuando su celular sonó.

-¡Hola!

-No pronuncie mi nombre, mañana a las cinco de la tarde en el Faro de Fisterra.

-¿En el...

-Sí, no diga nada más. Lo espero -interrumpió Gabino desde el teléfono.

-Bien, así será.

Isma se preguntaba por qué ese lugar. Finisterra era demasiado atrapante, rodeado

y alimentado por fantásticas leyendas que le daban un toque muy misterioso. Decidió salir en ese mismo momento para aquella región. Se alojó en el Hostal Mariquito y apenas si pudo conciliar el sueño por unas horas. Muy temprano, casi de madrugada, salió del hotel para recorrer la zona. Pudo averiguar algunos datos interesantes pero todo le parecía "poca cosa" al lado de lo que estaba esperando de Gabino.

Recorrió la capilla de Bon Suceso y el Castillo de San Carlos, construido para defender el puerto de los ataques de Inglaterra y Francia. Sus pensamientos estaban tan lejos como aquellas batallas.

A las cuatro de la tarde estaba ya en el faro y la adrenalina casi había intoxicado su organismo. Eternos como el mar que tenía enfrente fueron los minutos que aguardó hasta que Gabino apareció.

-Hola, Isma.

-Hola Gabino... ¿Por qué aquí?

-¿Qué ves a tu alrededor?

-Mmm... pues, ¡Mar!

-Así es. Ves mar porque estamos cinco kilómetros dentro de él. Invadimos su intimidad. Como siempre el hombre, ¡qué gran cosa el hombre!, se cree el dueño y señor de todo, hasta del mar... y lo invade... Y él responde así. Con furia, con esas olas endemoniadas que golpean incansablemente como queriendo derribar esta mole de piedra. Pero ¿sabes qué le molesta más?

-¿Qué? -preguntó Isma sin entender.

-Que desgarran su lecho yendo y viniendo con esas chatarras oxidadas y contaminantes. Por eso tantos barcos hundidos aquí frente a nosotros. Él no es culpable. Él se defiende. Interpone el Centolo, la bruma intensa y la violencia de su alma y como recompensa guarda en sus entrañas el Bitten, el Sunrise, el Denewell, el Blas de Lezo, el Ulster Duke, el Casón... y miles de almas de ingleses, suecos, españoles...

-Sí pero... el Prestige no se estrelló...

-No. Claro, esa es la diferencia. En este caso el mar no pudo defenderse, fue despreciablemente atacado con la indiferencia de la ley y el poderío de la mafia fortalecida por la impunidad de la globalización. ¡Hombre! Pregúntate ¿qué hacía un monocasco con semejante carga? ¿Crees que alguien se perjudicó aparte de nosotros? ¡No! El negocio es la destrucción.

-¿Cómo?

-¡Vamos hombre! ¡Qué pichón eres! Es la ley del capitalismo. Tragsa, por ejemplo, tiene concesión en exclusiva para la limpieza de las playas...

-¿Pero...?

-Y eso no es nada -continuó exaltado Gabino- el Prestige llevaba navegando doce años más de lo debido, no estaba en condiciones.

-¿Y la gente que lo contrató no lo sabía?

-¡Ay, muchacho, qué ingenuo!

Texto: Claudia Pioli de Bonino-
(SAN FRANCISCO CÓRDOBA, ARGENTINA)

Capítulo 6

Verdaderamente, ¡no sé cómo carajo estoy en esta profesión! A veces creo que de tanto cuestionar, quedo atrapado en el "en sí" del porqué y del cómo y no puedo ver más allá de lo obvio. Siento que vivo para perseguir y atormentar a seres en la plenitud de sus angustias, de sus desazones, en el momento exacto en donde el ser atraviesa el límite entre la serena y rutinaria cotidianeidad y "la insoportable levedad del ser". Y con el acontecimiento más ruin y con la velocidad del rayo, ¡le pueden tirar su vida por la borda, así, sin más...!

-Bueno, bueno... Perdóneme Gabino, es que... creo que todo esto le mueve las estructuras a cualquiera.

-Sí chico, el problema está en los que no las tienen, sólo siguen instrucciones, se citan en el lobby del hotel, sacan su ordenador portátil último modelo y con un par de teclas hacen transferencias millonarias y si te he visto no me acuerdo..., y así continúan, vacíos de sentimientos y cagándole la vida a unos cuantos.

-Sí Gabino, pero no puedo dejar de sentirme un mierda si me voy a casa en el primer avión y mañana estoy a las 8:00, en la bolsa cubriendo la nota de las subidas y las bajas de los Amadeus o Telefónica. Después de haber visto, oído y sentido que los futuros seres de esta tierra pueden resultar con deformidades y padecer daños horrorosos y yo podría haberlo evitado o gritarlo al menos....

-Tampoco vas a poder evitar que mañana clonen a Bush o a Bin Laden si es que ya no lo son... porque cuando nos informaron de Doly no fue pura casualidad, como tampoco vamos a creer que fue la primera, ¿no?

-Y acaso los alimentos transgénicos no te los comes todos los días porque no sabes cuáles son. Chico, acá hay un tema que está muy claro. Nos están jodiendo por todos los flancos, y eso sólo indica que estamos en una tercera guerra mundial, en donde te combaten en diversos frentes, es decir en redondo, no te queda sitio a donde escapar, no te dejan elegir lo que comes, te llenan de virus humanos e informáticos hasta el hartazgo y en consecuencia salen a la palestra laboratorios medicinales con cajitas de muchos colores con fármacos increíbles y el ordenador se infesta de em-presas antivirus, cortafuegos y ostias que nos idiotizan cada vez más y mientras tanto nos entretienen reciclando y así creemos que cumplimos con nuestro deber o bien aportamos cinco euros a alguna ONG y ya quedan limpias las conciencias por un rato.

-Pero he ido demasiado lejos y te voy a abrumar con tanta lacra. Te pido disculpas y hazme las preguntas que se te ocurran y grita las respuestas bien alto alguien seguramente te estará escuchando.

Texto: Gabriela Soler

Capítulo 7

Alicia trepó sobre el contenedor y, tras echar atrás su melena castaña, comprobó con su cámara que el encuadre era perfecto. Los reportajes gráficos de las movilizaciones siempre se los tomaba muy en serio, máxime cuando, como en este caso, no se trataba de las aburridas fotos que solía vender a los periódicos sino de fotografías para medios alternativos.

Manipuló su cámara hasta lograr el enfoque adecuado y decidió esperar a que la pancarta que ponía "El petróleo mata. Madrid con Galicia" se acercara un poco más. Su teléfono empezó a sonar. Una vez. Dos veces...

-Mierda, -dijo Alicia entre dientes, mientras apartaba la cámara de su cara- foto perdida.

Sacó el teléfono del bolso y pudo ver en la pantalla el nombre de quien realizaba tan inesperada llamada.

-Hola, Isma, ¿qué tal?

-Hola, Ali, espero no pillarte en mal momento. ¿Qué es ese ruido?

-Estoy en una mani por lo del Prestige, ¿tú sigues en Galicia?

-Sí. Continúo con el reportaje. Y necesito tu ayuda.

-Tú dirás.

Tras un par de minutos Alicia volvió a guardar el teléfono en el bolso, ya había olvidado la foto perdida y observaba la manifestación que avanzaba por la calle Atocha con la mirada ausente de quien tiene un trabajo duro e intenso por delante y ni tan siquiera sabe por dónde empezar.

Isma dejó el teléfono sobre la mesa junto al café, ya frío, y rebuscó entre sus notas. Él, allí, podía oler el chapapote, podía ver a los soldados ir de aquí para allá, ver las miradas tristes de los niños que miraban el mar al atardecer, podía sentir la frustración de los marineros y las mariscadoras, pero iba a necesitar ayuda para saber qué hay tras las manchas del mar y las mentiras de la prensa.

-¿Ismael Pérez?

Isma levantó la mirada para encontrarse con un joven de unos 30 años, moreno y de complexión atlética, a quien acompañaba un señor canoso que parecía rondar la cincuentena. Isma hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

-Policía, -dijo el joven que había preguntado- ¿Podemos hacerle algunas preguntas?

Texto: Dakota

Capítulo 8

La caja era fría bajo el flexo policial. Las fotos a un lado helaban el alma de manera ya sobrehumana.

Un orden anárquico formaba banderas izadas en el filo alevoso de la roca. El crudo pesado y la sangre salpicaban el cadáver de Antonino.

Isma las volvió aguantando una arcada.

-Pereció a las cinco horas de la madrugada de ayer... en un punto de la costa algo lejos de aquí.

-¿Esto es para mí?

-Sí.

Revolvió papeles, fotos.

-El fallecido dejó estos enseres a don Gabino Alonso, a quien no localizamos hasta hoy temprano.

Su mujer era guapa todavía. Isma tenía la impresión de que esos recuerdos no le pertenecían.

-Al llegar aquí huyó. Volvió media hora más tarde con esta carta para usted y un par de indicaciones para encontrarlo sin problemas.

Lacrada. Llevó la mano al sello.

-Es deseo expreso del señor Alonso que no abra el sobre hasta abandonar las dependencias policiales.

Retrocedió.

-Nos hizo saber también que dejaría los objetos personales del señor Antonino García en depósito hasta que usted los recogiera.

Correo abierto, primer amor... ¿último? "Querido furtiviño" Isma retuvo una admiración en la mirada.

-Se le veía afectado y decidimos complacerle.

-¿Las circunstancias de la muerte...?

-Desconocidas.

-¿Desconocidas?
-Se apunta al suicidio...
-Si fueran las cofradías que mataron al furtivo tampoco interesaría saberlo,
¿verdad?
-Recoja estos objetos, por favor.

Cuando sólo su sombra podía expiarlo, rompió la lacra.
Era escasa, concisa y mataba. Sólo "...tú le sacarás más provecho a esto...", "...si hubieran sido los furtivos, no se iba a saber. Pero tampoco conviene que se investigue, ¿sabes? Detener ahora al patrón de una cofradía sería malo para el gobierno...", "...su familia callará si el seguro paga por asesinato, que pagará si conviene...", "...tirarse por ese acantilado es lo mejor que podía hacer de cara a su familia...", "...cinco millones de euros..." y un "hasta otra". Con la palabra nunca escrita entre líneas.
De nuevo en el chiringuito repasaba los acontecimientos, otra vez negros y crudos. De entre la correspondencia de Antonino había deducido que los furtivos colocan las nasas en noche cerrada.

Texto: Luís F. Seoane
A Coruña (Galicia)

Capítulo 9

Sin saber qué hacer con aquella carta, pensó en la baja audiencia de su programa de radio. Pensó que si hacía algo con esa información no iba a ser precisamente por su profesión o porque las personas que escucharan su relato se fueran a conmovir. A fin de cuentas, después de unos meses de la catástrofe, poco o nada le iba a interesar al resto del mundo lo que pasaría en Galicia. Por su mente pasaba a cada rato la imagen del hombre muerto. Imaginaba los pensamientos de Antonino mientras tomaba su decisión final. El camino oscuro y apagado hacia el muelle y el mar sombrío a sus pies. Como él, no desearía esperar la llegada de su hijo monstruo. Volver a la casa y ver el rostro desesperado de su mujer. Nada de lo que pudiera imaginar como futuro podría ofrecerle un consuelo. Y sin poder evitarlo, repasó los rostros del pueblo. Parecía que la marea negra lo inundaba todo. Deseó no haber llegado nunca para dejar de sentir esa responsabilidad inútil. El peso de la pequeña mano de Alicia se posó sobre su hombro interrumpiendo la decisión que aún tardaría en tomar.

-Esto está encendido-dijo Alicia- la gente no para. 150.000 personas en Vigo. Isma la miró, supo que ahora no podría hablarle sobre sus dudas. Ella aún tenía en su sangre la adrenalina contagiosa de la muchedumbre indignada.

-¿Qué pasa? -y mirándolo a los ojos- Vine por ti. Me llamaste para que te ayudara. Por un momento sintió que si intentaba hablar su mandíbula sería incapaz de abrirse. Que en el lugar de las palabras estaría aquel grito horrible que había aguantado sacar durante todo este tiempo. Sus ojos se desprendieron del rostro de Alicia y recorrieron despacio la calle desierta, las paredes de piedra, las pequeñas viviendas. Empezó a caminar.

-Escucha Isma, -gritó Alicia mientras él caminaba- no vengas ahora conque te has acobardado al final. Lo he dejado todo ante tu insistencia... y si todavía no tienes una buena historia que contar, entonces, no me llames. Ya sabes que yo vivo de esto.

Isma se paró en medio de la calle y arrugando los papeles en su mano, dijo.
-Ese es el problema. Tú vives de esto. Todos viven de esto. La supervivencia nos vuelve incapaces de sentir. ¿Qué crees que ocurrió con el Prestige? ¿Tú crees que los responsables sienten o sintieron algún remordimiento al llenar sus bodegas? Lo tenían que hacer, al igual que tú o que yo que debemos hacer una historia y llenar

papeles de imágenes y palabras.

-¡Isma! Estás cayendo como siempre en la falta de objetividad. Te involucras con los temas individuales y pierdes la visión general de...

-¡Ajá! Ven...

Arrastrándola de la mano Isma atravesó la calle pasando por el mercado donde antes se negociaba la pesca. Eran las 6 de la tarde y los espacios lucían más solos y tristes. Aún no se iniciaba la estación invernal pero un sol descolorido iluminaba apenas la plaza y oscurecía el mar. El alquitrán había vuelto como cada tarde con la marea. Parados al borde del pequeño malecón Alicia intentó tomar la cámara que colgaba de su cuello para hacer unas fotos, e inmediatamente sintió un crudo dolor en el pecho. A su lado, Isma seguía sin poder articular palabra. Poco a poco fue identificando lo que la invadía como tristeza. Soltó la cámara de un golpe como si todo estímulo hubiera cesado de repente. Todo el peso de la visión desolada cayó sobre ella. Por su mente desfilaban apretados los discursos de los políticos; las propuestas de solución de los científicos; las poesías y los cantos de protestas de los manifestantes; el disfrute de las marchas solidarias; los cientos de cámaras que cubrían los eventos convocados; las noches de vigilia junto a la botella que rodaba alegremente entre los amigos.

Isma no la miró. Se volteó y emprendió el camino de regreso. Siguiendo sus pasos Alicia lo siguió con dificultad hasta la pequeña casa celeste frente a la cual se detuvieron. La noche había caído y se podía ver la luz que salía por las ventanas de la casa de Antonino García.

La mujer abrió la puerta. Lucía más bella ahora. Se había quitado el vestido negro de la mañana y su pequeño vientre se ocultaba detrás de una bata floreada.

Cuando vio que era Isma, turbada, entornó la puerta.

-¿Podemos hablar en la mañana? - le dijo mirando con desconfianza la cámara de Alicia.

-No, en realidad sólo quería devolverle esto... - y extendiendo la mano, le entregó el sobre. Ella, nerviosa los tomó apretándolo contra su vientre.

Ismael y Alicia escucharon las risas que salían de adentro. El sonido de la vajilla y el aroma de la comida.

-Hoy han venido los del seguro. He firmado algunos papeles y ellos me han entregado un cheque de 100.000 euros. Es el primero de una cantidad que aún no alcanzo a deletrear -sonriendo quiso continuar-. Quiero darle las gracias por...

Isma, agachó la cabeza y dio media vuelta. Alicia lo tomó de la mano en un suave gesto que pretendió ser de consuelo. Llegando al hotel, corrió a la habitación, como un loco sacó la mochila del viejo armario, guardó la ropa, apuntes, papeles y finalmente la pequeña grabadora.

- Hoy, 13 de Noviembre del 2003 se cumple un año de la tragedia del Prestige en las costas de Galicia-

Las palabras del locutor, moduladas para que suenen interesantes, fueron cortadas de repente por una mano que apretó el "power". Isma se dirigió hacia la ventana del pequeño departamento. Todo igual, a las 8 de la noche la gente era toda igual. Iban abrigadas, apuradas por llegar al metro. No alcanzaba ver el cielo desde la ventana, pero unas pocas gotas de lluvia pegaban suavemente sobre el cristal.

Texto: Matilde Ampuero
Guayaquil (Ecuador)